

rios y que, por último, sea procesada narrativamente con los mismos elementos y en el mismo reiterado escenario de París, da una franca impresión de saturación al universo narrativo de Alfredo Bryce. Pero interesa remarcar que aun en esta novela el humor de Bryce —ese humor tantas veces invocado— y la permanente oralidad de su escritura son los componentes relevantes y los que logran dotar en última instancia de amenidad al tratamiento moroso de una historia que también lo es, elementos cuyos destinos suponemos mejores ahora que el autor ha anunciado el cambio de referente —Lima de nuevo— de su próxima novela y que, según la misma anunciación, remitirá al tiempo de su adolescencia.

*Paúl Llaque Minguillo*

Allende, Isabel. *De amor y de Sombra*. Edit. Plaza y Janés, Barcelona, 1985, Quinta Edición, pp. 281.

Tras el éxito editorial de su primer libro *La Casa de los Espíritus* con dieciocho ediciones en menos de cuatro años, Isabel Allende asume el reto de escribir un segundo libro de calidad, donde mezcla un lenguaje fresco, colorido e hiperbólico y una historia de amor entre las desventuras de una dictadura.

En *La Torre Inclinada*, Virginia Woolf sostiene que es natural que las mujeres hayan contribuido a la novela realista porque describen lo que ven. Junto con Clorinda Matto, Tereza de la Parra, María Luisa Bombal, Clarice Lispector, Martha Lynch y otras escritoras latinoamericanas, Isabel Allende emprende la aventura de la escritura y describe lo que ve para “rescatar las cosas del pasado y sobrevivir a mi propio espanto” como ella misma lo señala en su primera novela.

La anécdota de *De Amor y de Sombra* se desarrolla en una ciudad sin nombre, pero que bien podría ser cualquiera de América Latina, en donde se vive y sufre la opresión de un gobierno militar y las consecuentes agresiones de sus representantes. Hay, básicamente, tres ambientes donde se desenvuel-

ven los personajes: el de la burguesía venida a menos, con una venda perpetua en los ojos que utiliza de pretexto para justificar al régimen; el ambiente de una pequeña burguesía, representada por una familia de migrantes españoles que adopta una actitud crítica y de combate frente a las atrocidades de la dictadura y el de un barrio marginal (Los Riscos), con sus familias de campesinos y obreros, quienes sufren en mayor proporción los atropellos de la autoridad.

Irene, periodista joven que emerge de la clase burguesa, presionada a la ceguera por su madre y con un novio militar, es el personaje motor de la novela, quien va desarrollando a través de las páginas una toma de conciencia de los problemas de su país y asume un rol de testigo acusador de la crueldad de un régimen dictatorial y vejatorio.

Isabel Allende utiliza a los personajes femeninos como motores de la acción y portadores de los temas principales. En este caso junto con Irene, otro personaje esencial para el desarrollo del relato es Evangelina Ranquileo, una especie de santona, quien realiza todos los días a las doce en punto de la mañana un espectáculo milagrero que convoca a los pobladores de Los Riscos: un ataque con contorsiones exageradas e inauditas que calma la lluvia y cura las verrugas.

Es a partir del encuentro de estas dos mujeres que se va desarrollando la acción y todo lo referente a las sombras. La historia de amor se da entre Irene y Francisco Leal —un psicólogo metido a fotógrafo por obra y gracia del desempleo— quien se presenta como sujeto modalizador de Irene, esto es, como aquél que la insta a tomar una conciencia, a un cambio radical en su actitud vital.

En el universo de la novela se mezclan entonces los acontecimientos mágicos y maravillosos relacionados a Evangelina Ranquileo, el ambiente de nostalgia y soledad del asilo de ancianos “La voluntad de Dios”, las luchas cotidianas por la sobrevivencia de la familia Leal, la indiferencia y frivolidad de Beatriz Alcántara, madre de Irene, todo marcado siempre por el horror de los desaparecidos, los cementerios clandestinos y las torturas.

Quizás ciertos personajes (Evangelina Flores, la otra de las “evangelinas cambia-

das" o José Leal, el cura-obrero) merecerían un mayor desarrollo para fortalecer la historia ahondando más en la relación de las clases marginales frente al problema de los desaparecidos.

A Irene la percibimos como una prolongación de Alba de *La Casa de los Espíritus*, con una gran cantidad de elementos comunes: muchachas provenientes de una clase burguesa, frágiles, un tanto desorientadas que poco a poco —gracias a la exhortación de sendos compañeros— van tomando conciencia de la realidad y asumiendo una postura crítica y combativa, con una entereza de carácter producto del dolor y la agresión, que en un caso la llevará al exilio (Irene) y en el otro a la escritura (Alba).

En *La Casa de los Espíritus* los personajes optan por quedarse, por luchar desde adentro, aun cuando están perseguidos y fichados. En cambio, en *De Amor y de Sombras*, la única salida que se presenta viable es el exilio. Un exilio no como puro desarraigo, sino justificado como búsqueda de vida para continuar en la lucha. Esta búsqueda se sintetiza en las dos últimas palabras del libro: "Volveremos, volveremos".

Es importante también resaltar el paralelismo que remarca la autora entre dos dictaduras —la del Generalísimo Franco y la vivida por los personajes— y el hincapié que pone en la situación de Francisco Leal, hijo de españoles huyendo de su suerte que corre la misma de sus padres "desterrados, emigrantes, refugiados, exiliados".

En el estilo de Allende podemos percibir las marcas de García Márquez, en relación al lenguaje hiperbólico y a lo real maravilloso en general, y de Donoso, sobre todo en el trabajo con los personajes.

El lenguaje de la novela está cargado de adjetivaciones, de descripciones mínimas y de hipérboles. Lo colorido y lo exagerado están presentes en casi todas sus páginas; lo extraordinario y lo misterioso y mágico se entrelazan con lo cruel, lo duro y agreste, resaltando de esta manera la oposición entre lo radiante y lo oscuro, el amor y las sombras.

El texto de Isabel Allende se caracteriza por utilizar recursos del melodrama: efectivismo, suspenso exagerado entre una escena y otra, intensificación de los roles de

los personajes secundarios. La utilización de estos recursos permite que la novela tenga un fácil acceso, no sólo al lector privilegiado por una formación académica, sino al público medio, público que a partir de las literaturas de vanguardia se dejó un poco de lado y que hoy día se está tratando nuevamente de captar.

Pero así como utiliza estos recursos de la "cultura de masas", recurre a otros que podríamos señalar como característicos de la novela decimonónica: presenta a los personajes uno por uno, describiendo sus costumbres, su personalidad, contando la historia de cada cual para luego introducirlo en la trama; le da una importancia preponderante a la historia narrada *per se*; maneja como narrador al extradiegético pero con una característica peculiar: estando distanciado teóricamente del relato y, por lo tanto, manteniendo una cierta objetividad, éste va interpretando constantemente lo que va contando "al modo del típico narrador decimonónico tan empuñado en encaminar al lector a una inequívoca descodificación del mundo presentado" como lo ha puntualizado Mario A. Rojas en un artículo sobre la primera novela de esta escritora chilena.

La mezcla acertada de estos dos tipos de recursos dan a la obra de Isabel Allende un carácter diferencial con las novelas de vanguardia (tipo *Ulises*, o al extremo, cualquiera de las del *nouveau roman*) y que la incorporarían al conjunto de nuevos escritores que la crítica señala como representantes de la novela "postvanguardista".

Rocío Silva Santisteban

García Márquez, Gabriel. *El amor en los tiempos del cólera*, Bogotá, La oveja negra, 1985.

Todo autor genial —y García Márquez lo es, sin duda— tiene su peor enemigo en aquella obra en la que esa genialidad se plasmó con plenitud, libérrimamente. En este caso se trata de *Cien años de soledad*. Su sombra puede perfilar algunos valores que pasaron desapercibidos en relatos anteriores, pero definitivamente abruma y achata a los que